

N.º 8 enero 2019

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ESTUDIOS

Rolando Pérez
SARDUY AND [THE GIFT OF]
THE POEM-OBJECT. WITH A
PREVIOUSLY UNPUBLISHED ESSAY
BY SEVERO SARDUY, «LA ESCRITURA
COMO REGALO JAPONÉS»

POESÍA

Ko Un
POEMAS
Traducción de Alí Calderón

ENTREVISTA

Federico Díaz-Granados
y Fernando Valverde
ENTREVISTA
CON CHARLES SIMIC
«DESARMANDO EL SILENCIO»

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios

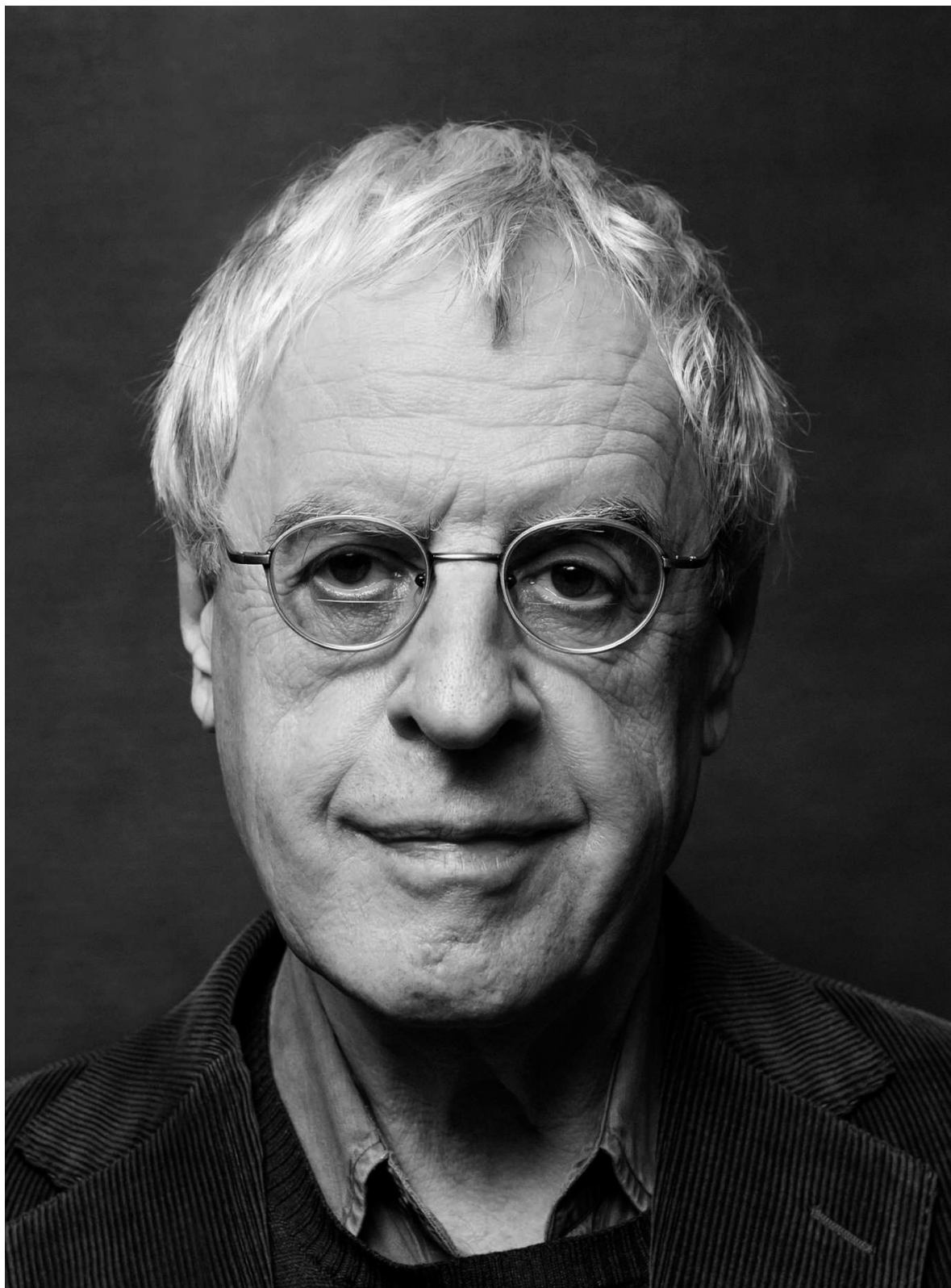


ÍNDICE

Págs.

[ESTUDIOS]		[ENTREVISTA]	
Rolando Pérez		Federico Díaz-Granados y Fernando Valverde	
SARDUY AND [THE GIFT OF] THE POEM-OBJECT. WITH A PREVIOUSLY UNPUBLISHED ESSAY BY SEVERO SARDUY, «LA ESCRITURA COMO REGALO JAPONÉS»	5	ENTREVISTA CON CHARLES SIMIC	101
Lisa Rose Bradford		[RESEÑAS]	
ENSILLANDO LA MEMORIA: IMÁGENES EQUINAS EN LA POESÍA DE JUAN GELMAN	29	Gabriela Sierra	
Alicia Susana Montes Montes		«UN MUNDO NAVEGABLE. POESÍA ESCOGIDA (1980-2016)»	111
INSULARIDAD Y CLAUSURA. LAS PARADOJAS DEL AISLAMIENTO EN LA OBRA DE EDUARDO LALO	45	Juan Romero Vinueza	
Luis Pablo Núñez		«LAS OTRAS VIDAS DEL TEXTO: LA POÉTICA DE MARTA LÓPEZ LUACES»	117
POESÍA COMPROMETIDA Y CRISIS ECONÓMICA GLOBAL: UNA CONTEXTUALIZACIÓN DEL POEMARIO «ZONAS COMUNES» (2011) DE ALMUDENA GUZMÁN	73	Juan Pellicer	
[POEMAS]		«ON THE SCHOOL OF SOLITUDE»	123
KO UN	95	Normas de publicación / Publication guidelines	129
		Equipo de evaluadores 2017-2019	137
		Orden de suscripción	139

[ENTREVISTA]



Charles Simic.

©ENTREVISTA CON CHARLES SIMIC:
«DESARMANDO EL SILENCIO»

—
CONVERSACIÓN CON FEDERICO DÍAZ-GRANADOS
Y FERNANDO VALVERDE
—

Federico Díaz-Granados
Gimnasio Moderno de Bogotá

Fernando Valverde
University of Virginia

Fecha de recepción: 18/11/2018 Fecha de aceptación: 08/12/2018

El pasado mes de septiembre de 2018, Charles Simic regresó a Hispanoamérica después de más de treinta años. El lugar elegido para el reencuentro fue Bogotá, en el marco del Festival Internacional de Literatura Las Líneas de su mano en el Gimnasio Moderno. Allí conversó sobre poesía, vida y poéticas con el colombiano Federico Díaz-Granados y el español Fernando Valverde. Fue la repetición de un encuentro que tuvo lugar casi un año antes en la casa de Charles Simic en New Hampshire.

Díaz-Granados: Alguna vez afirmó que la guerra no estaba tan mal porque los adultos estaban ocupados en otra cosa y eso le permitía poder jugar con sus amigos, un día se acabó la guerra y tocó volver a la escuela, volvió todo a la normalidad. ¿Cómo fue esa infancia en medio de la guerra?

Simic: Era un país ocupado por los nazis. Un país en el que al mismo tiempo había seis distintas facciones. Todo empezó en 1941 cuando los alemanes nos bombardearon. Yo estaba durmiendo cuando cayó una bomba por la mañana que destruyó un edificio en una calle y al salir encontramos muchas cosas rotas, derrumbadas. Mis padres estaban en el cuarto de al lado y me tuvieron que levantar del suelo después de ese bombardeo. Esa fue mi introducción al siglo xx, después los bombardeos llegarían de parte de los aliados.

No era normal que en los días de la guerra los alemanes bombardearan zonas civiles en Belgrado. Sobre todo, las afueras fueron destruidas, pretendían bombardear los campos de petróleo de Rumania y vinieron tres o cuatro noches por semana. Aquel fue un mundo realmente infernal para los adultos que vivían en el centro de la ciudad, pero yo corría con todos los niños y era feliz. Hay una historia que mi madre contaba sobre cuán idiota pude ser durante mi niñez. Recuerdo que me llamaron a una habitación llena de gente donde nos comunicaron que la guerra se había terminado. Entonces dije varias veces que se acabó la dicha. Cuando escuché esa historia contada por mi madre no pude entender por qué había dicho eso, pero unos años después en

Nueva York conocí a una mujer polaca que tenía exactamente la misma edad que yo en aquella época y que vivía Varsovia, una ciudad que se vio mucho más afectada que Belgrado. Ella sentía la misma felicidad durante la guerra y creía que era porque no tenía que ir al colegio. Así que tal vez la infancia es eso, no tener que ir al colegio.

Valverde: Me produce gran admiración la determinación, la fortaleza de su madre y su lucha por sacarlos de Yugoslavia, por llegar finalmente a París, luego a Estados Unidos; en cambio, ha contado alguna vez que la familia de su madre no tenía ningún sentido del humor, que estaba siempre muy preocupada por guardar las apariencias, todo lo contrario que la de su padre, que convertía cualquier cena en un cabaret Dadaísta. Usted siempre prefirió pasar tiempo con la familia de su padre. ¿Cuál cree que es el papel del humor en la vida y en la poesía?

Simic: No creo que haya un papel en especial, ciertos poemas son humorísticos y otros no, para mí el humor me llegó con mi familia. Como bien dices, la familia de mi padre era gente muy bromista. Tenían esa forma de humor de la gente que ha sido derrotada por algún motivo en la vida. Por esa razón, cerca de mi padre había muchos perdedores, había mucha gente bromeando, pertenecían a la clase obrera. La familia de mi madre era una familia mucho más tradicional, mucho más rica, pero a partir de mediados del siglo XIX empezaron a empobrecerse, aunque trataron de mantener siempre las apariencias.

En realidad, en los Balcanes casi todo el mundo tiene sentido del humor. Nuestra historia es tan triste que finalmente hay que buscarle un lado humorístico. Esto fue entrando de una forma natural en mi poesía. No tengo ninguna teoría ni recomendación acerca del humor en la poesía, el humor uno lo tiene o no lo tiene.

Díaz-Granados: Fernando les pregunta por su madre y por la familia de su madre, pero también la figura de su padre fue determi-

nante. Hay una escena que a mí me conmueve y que menciona en uno de sus más célebres ensayos: *Por qué me gustan los poemas*, donde habla de su padre con un lechón bajo el brazo. Usted dice que ahí se inicia su relación de amor de alguna forma con la poesía.

Simic: Yo no veía mucho a mi padre, apenas lo vi durante la guerra, o bueno, lo vi, pero se marchó en 1944. Él era un ingeniero, trabajaba para una empresa americana en Yugoslavia desde mediados de los años treinta. La guerra estaba a punto de terminar muy mal para Serbia y Europa del Este en general, y entonces logró marcharse a Milán donde también estaba establecida aquella empresa americana. Nunca volvió después de la guerra. Él estuvo esperando a que consiguiéramos pasaportes y cuando los logramos, pudimos cruzar a Austria. Allí un contacto nos ayudaría a escapar, pero algo falló. Nos encontramos con una patrulla militar americana y al día siguiente nos entregaron a la policía. Un coronel británico le preguntó a mi madre por qué habíamos estado dos días antes en los hermosos Alpes de Eslovenia, y, por supuesto, estábamos agotados, estábamos sucios, horribles. Mi madre, que no tenía ningún sentido del humor, le dijo a aquel hombre que si tuviera un pasaporte se marcharía de allí tan pronto como pudiera. Finalmente nos mandaron de nuevo a Yugoslavia y mi madre estuvo encarcelada durante tres meses.

El 10 de agosto de 1954 mi padre nos estaba esperando en el puerto de Nueva York. La primera noche nos quedamos en un hotel cerca de Times Square, estábamos en shock total por la experiencia. La diferencia entre los Estados Unidos y Europa en 1954 era abismal, Estados Unidos era un lugar lleno de luces, de grandeza. Salíamos a cenar y yo iba con mi padre a un club de Jazz. Así empezó todo.

Valverde: Sus poemas están llenos de personajes marginales, de fracasados. Hay una gran presencia y una cierta fascinación en su poesía por la marginalidad que de alguna forma reactualiza o reelabora ideas muy románticas.

Simic: Así es. Éramos fracasados en cierta manera. Mis padres nunca habían salido de su barrio en Belgrado antes, la familia de mi madre llevaba dos siglos allí, la de mi padre tal vez un poco menos, pero en Belgrado éramos felices. Realmente, Stalin y Hitler fueron nuestros agentes de viaje desde el desierto hasta América, que es un país diverso, pero en donde uno igual se siente un poco excluido o marginado. Mi madre tenía una melancolía muy profunda: era profesora de canto clásico de ópera en un conservatorio en Belgrado y toda su vida y toda su carrera se arruinó. Cuando llegamos a Estados Unidos, después de diez años sin ver a mi padre, ya no pudieron volver a llevarse bien. Hay muchos sentimientos encontrados y muchas razones por la melancolía romántica.

Díaz-Granados: Al comienzo dudó entre la poesía y la pintura. También hay un origen de la pintura en la escritura antes de escribir poesía. ¿Qué terminó por determinar precisamente ese camino por la poesía?

Simic: Mi padre ganaba bastante dinero, pero se lo gastaba todo. Cualquier dólar que tuviera en la billetera se lo tenía que gastar urgentemente. A los dieciocho años, al salir del colegio en Chicago, me fui de casa y encontré un empleo y esto me permitió ir a la universidad en horario nocturno. Primero estuve en la Universidad de Chicago y luego en NYU en Nueva York. Recuerdo un momento en el que me senté y pensé: bueno, y ahora qué voy a hacer, voy a ser pintor o voy a ser poeta. La pintura se volvió cada vez más difícil porque yo vivía en cuartos y no tenía mucho espacio para poner lienzos y, además, ya había empezado a participar de la vida literaria de la ciudad. Finalmente me tocó admitir que era más un poeta y dejé totalmente de pintar al final de mis veinte años.

Valverde: Por un lado, está esa decisión entre la pintura y la poesía, pero una vez que se decanta por la segunda imagino que tuvo que tomar también una decisión difícil entre escribir en su lengua

materna o escribir en inglés, la lengua que le acogió cuando tenía dieciséis años.

Simic: Esa no me costó trabajo, jamás me planteé ni siquiera una disyuntiva. Cuando regreso a Serbia siempre me señalan por haber abandonado el más hermoso idioma del mundo entero y además por el inglés, pero cuando empecé a escribir poesía estaba en el bachillerato o en la secundaria y había mucha gente muy interesada en la literatura moderna que estaba escribiendo textos de ficción, algunos colegas estaban escribiendo poemas. Cuando quise intentarlo entonces, me di cuenta de que no sabía nada de la poesía y comencé a leer de otra manera. Había una chica, Edna, a quien le escribí un hermoso poema de amor en serbio. Le dije que tendría que confiar en mí, porque obviamente no podía entenderlo. Así que decidí traducirlo al inglés, escribirlo en inglés... Y así continué escribiendo en inglés. Nunca pensé que aquello se fuera a convertir en una carrera, que me iba a convertir en un gran poeta, nada de eso, simplemente escribía.

Alrededor de la década del setenta, publicaron en Belgrado una antología de mis poemas. Me pidieron que la tradujera yo mismo al serbio y acepté. Entonces tomé un poema y descubrí que conocía el significado de todas las palabras, pero no del todo llegaba a entender o a poder sentir qué haría cada palabra o qué significaría para un lector serbio. Y si uno comparaba la palabra A con la palabra B, el sinónimo A con el sinónimo B... Me encontré en un punto en que me sentía incapaz de hacer esa traducción, porque siempre tomo un enorme placer en escribir de una forma sencilla... Lo lamenté mucho y me asombró, me di cuenta de que no, de que no podía hacerlo, no podía traducirlo, y ahí terminó todo.

Díaz-Granados: Cuando recibió la corona de poeta laureado en Struga hace un año, mencionó en el discurso a los poetas a los que debía mucho, y por supuesto había autores de la tradición serbia, pero también poetas americanos y latinoamericanos. Há-

blanos un poco de esos poetas que marcaron como esos inicios de tu formación poética.

Simic: Son tantos... Recuerdo cuando estaba tratando de aprender sobre poesía y de conocer la poesía moderna estadounidense. El poeta que más me encantaba, y no fue tan buena idea empezar con él, fue Crane, un poeta oscuro, pero hermoso. Este tipo de cosas me cambiaron, cuando uno se enamora de un poeta, cree que es el único sobre la tierra. Pero después uno flaquea y pasa un mes o tal vez dos o tal vez un poco más de tiempo y se comienzan a sentir cosas completamente opuestas. En esencia, yo trataba y trato de leer todo.

Estaba muy familiarizado con la poesía francesa porque había estado un año en Francia y había ido allí a la escuela. Había leído a los simbolistas, la poesía del siglo XX. El primer poeta latinoamericano al que llegué fue el ecuatoriano Jorge Carrera de Andrade. Claro que yo conocía a Neruda y a otros poetas, pero había estado analizando algunas traducciones de una antología de 1959 de Andrade y me impresionó tanto que puedo decir que mis primeros poemas están inspirados en él.

Valverde: Además de su formación como poeta, debió de jugar un papel muy importante ese periodo en París memorizando los poemas de autores clásicos franceses, pero además hay muchos otros ingredientes, la poesía de Charles Simic está construida de un conglomerado enorme de corrientes y de formas del arte, sin dejar a un lado la gastronomía. Usted fundó con su amigo Mark Strand un movimiento poético, la poesía gastronómica. (risas)

Simic: Aquello comenzó como una broma. Fue un periodo en el que todo el mundo estaba iniciando un nuevo movimiento, nuevas generaciones, grupos de poetas en distintos lugares de los Estados Unidos que estaban lanzando manifiestos, muchos de los cuales ya no existen o se han olvidado. Y nosotros pensamos en lanzar el nuestro, pero apenas nadie se sumó. Detrás de todo está

la evidencia de que cuando hacíamos lecturas de poesía al mencionar la comida las caras cambiaban, la gente se ponía contenta, se veía feliz. Por ejemplo, si un poeta decía hamburguesa con queso, la gente ponía cara de patatas fritas. (risas)

Díaz-Granados: Fuiste poeta laureado mientras Bush era presidente, te negaste a ir a una cena invitado por él, pero, aun así, cumpliste con los mínimos requisitos para poder serlo. ¿Cómo fue ser poeta laureado en tiempos de Bush, mientras se bombardeaba Iraq?

Simic: El poeta laureado no tiene nada que ver con el gobierno de Estados Unidos. Es un reconocimiento de la Biblioteca del Congreso y cuenta con la financiación de alguien que empezó a promover este premio en los años treinta con un honorario mínimo. Lo que sucedió es que me acababan de nombrar consultor para este trabajo en la Biblioteca del Congreso y me invitaron a la Presidencia, también a un desayuno con la señora Barbara Bush. Yo venía de un país de Europa del Este y es cierto que, de todas maneras, a los autores les tocaba, como solemos decir: ser lambones, lagartear. Pero yo no quería ir y se lo comuniqué a la Biblioteca del Congreso; les trasladé las dudas que me generaba esa invitación y me dijeron que no tenía por qué hacerlo.

Valverde: No puedo resistirme a preguntarle sobre un tema del que ya estuve conversando con Robert Hass, y es que actualmente en los Estados Unidos la poesía es una especie de vehículo para la búsqueda de la identidad. ¿Cree que se lleva a cabo un intento en la crítica de tratar de hacer convertir las categorías culturales en subgéneros dentro de la poesía? ¿Cómo valora usted este intento de subcategorizar toda la poesía a través de la identidad cultural?

Simic: En general, escribir poesía para hacerlo en nombre de una etiqueta particular es una mala idea. Yo me acuerdo de lo que sucedió con la poesía en épocas de Stalin o de Mao, y no fue una

buena idea. En los Estados Unidos estamos atravesando una situación muy particular, tenemos mucha poesía y muchas personas que quieren describir lo que se escribe y lo que significan los poemas. Algunos poetas escriben buenos poemas, para mí categorizar es irrelevante, lo importante es el poema. Creo que es mejor que lo deje ahí. Creo que el único criterio realmente importante es la poesía. No me interesa un poema convertido en una serie de eslóganes.